

CAPITULO I- RENDICIÓN ABSOLUTA

"Entonces Ben-adad rey de Siria juntó a todo su ejército, y con él a treinta y dos reyes, con caballos y carros; y subió y sitió a Samaria, y la combatió. Y envió mensajeros a la ciudad a Acab rey de Israel, diciendo: Así ha dicho Ben-adad: Tu plata y tu oro son míos, y tus mujeres y tus hijos hermosos son míos. Y el rey de Israel respondió y dijo: Como tú dices, rey señor mío, yo soy tuyo, y todo lo que tengo" (I Reyes 20: 1-4).

LO QUE BEN-ADAD EXIGIA era la rendición absoluta; y lo que Acab aceptó fue lo que se le pedía, la rendición absoluta. Me propongo servirme de estas palabras:

"Como tú dices, rey señor mío, yo soy tuyo, y todo lo que tengo", para expresar la rendición absoluta con que todo hijo de Dios debería someterse a su Padre. Lo hemos oído antes, pero necesitamos oírlo de una vez Por todas: la condición para la bendición de Dios es la rendición absoluta y total en sus manos. Si la aceptamos de corazón, no tiene fin lo que Dios hará por nosotros ni las bendiciones que nos otorgará.

Rendición absoluta. Permítame decirle de dónde he sacado estas palabras. Las he usado yo mismo a menudo, y usted las ha oído infinidad de veces. Pero una vez en Escocia me encontraba en un grupo donde hablábamos acerca de la condición en que se hallaba la Iglesia de Cristo, y de cuál era la gran necesidad de la Iglesia y de los creyentes. Estaba entre nosotros un piadoso obrero cristiano que había trabajado mucho en la preparación de otros. Yo le pregunté qué era, a su juicio, lo que la Iglesia más necesitaba y el mensaje que deberíamos predicar. El, apacible, sencilla y resueltamente respondió: "Una rendición absoluta a Dios es el mensaje".

Estas palabras me impresionaron como nunca antes. Aquel hombre continuó diciéndonos que había experimentado que, de los obreros con quienes trabajaba, aquellos que no fallaban en ese respecto, aun cuando estuvieran atrasados, estaban dispuestos a dejarse enseñar y ayudar y siempre hacían progresos, mientras que los que fallaban en ese punto, muy frecuentemente retrocedían y abandonaban la obra. La condición para la plena bendición de Dios es nuestra rendición absoluta en sus manos.

Y ahora deseo traerle, con la ayuda de Dios, este mensaje: que ésta es la única demanda con que el Padre celestial responde a las peticiones de bendición que le hacemos para nosotros mismos y para los que nos rodean.

¿Estamos dispuestos a entregarnos sin reservas en sus manos? ¿Cuál va a ser nuestra respuesta? Dios sabe que hay centenares de corazones que han respondido afirmativamente a su demanda, y centenares más que desean hacerla pero no se atreven. Hay también muchos que, habiéndola aceptado, han fracasado sin embargo miserablemente y se sienten condenados porque no hallaron el secreto del poder para vivir esa vida. ; ¡Que Dios tenga una palabra para todos!

Déjeme decir, en primer lugar, que Dios reclama de nosotros esta entrega.

DIOS ESPERA NUESTRA ENTREGA.

Sí. Esta demanda tiene su fundamento en la naturaleza misma de Dios. Dios no puede menos de hacerla. ¿Quién es Dios? Es la Fuente de la vida; el único Manantial de la existencia, del poder y de la bondad; y en todo el universo nada hay bueno sino lo que Dios obra. Dios ha creado el sol, y la luna, y las estrellas, y los árboles y la hierba; y ¿no están todos ellos absolutamente sometidos a Dios? ¿No dejan que Dios obre en ellos como A Él le place? Cuando Dios viste al lirio de su belleza. ¿No está el lirio sometido, entregado, dado por entero a Dios mientras Dios obra en él su hermosura? Y los hijos redimidos de Dios, ¿Pueden creer que Dios puede hacer en ellos su obra si sólo le entregan la mitad o una parte de su ser? No puede hacerla. Dios es vida, y amor, y bendición, y poder, y hermosura infinita, y Dios se deleita en comunicarse a todo hijo suyo que esté dispuesto a recibirle; pero ¡ay! esta falta de rendición absoluta es el único obstáculo que se lo impide. Y ahora Dios viene, como Dios, a reclamarla.

Todos sabemos lo que es una rendición absoluta en la vida diaria. Sabemos que cada cosa tiene que dedicarse a su objeto y misión específica y concreta. La pluma que llevo en el bolsillo está absolutamente dedicada a su única misión que es la de escribir, y tiene que someterse por completo a mi mano si he de escribir con ella como es debido. Pero si alguien la sostiene parcialmente, no puedo escribir con ella. Esta chaqueta está exclusivamente dedicada a cubrir mi cuerpo. Este edificio, enteramente dedicado a los servicios religiosos. ¿Y cree que Dios puede hacer su obra cada día y cada hora en su ser inmortal, en la naturaleza divina que ha recibido por regeneración, si no está enteramente entregado a Él? No puede. El templo de Salomón fue totalmente consagrado a Dios en su dedicación, y cada uno de nosotros es un templo de Dios donde Dios mora y obra

poderosamente, con una condición: nuestra rendición absoluta a Él. Dios la reclama, Dios es digno de ella, y sin ella Dios no puede hacer en nosotros su bendita obra.

Dios no sólo la reclama, sino que la realizará El mismo.

DIOS LLEVA A CABO NUESTRA ENTREGA

Estoy seguro de que más de uno se dirá: "Ah, pero esa rendición absoluta implica tanto!" Alguno se dirá: "¡He pasado por tantas pruebas y sufrimientos y queda tanto en mí todavía de mi propio yo! No me atrevo a renunciar a él totalmente porque sé el tormento y la agonía que esa renuncia me costará".

¿Es posible que hijos de Dios puedan albergar con respecto a El tan crueles pensamientos? Yo traigo al temeroso y angustiado este mensaje: Dios no te pide que hagas esta perfecta entrega por tus propias fuerzas, ni

por el poder de tu voluntad; Dios quiere obrarla en ti. ¿No leemos: "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"? (Flp 2:13) y esto es lo que deberíamos buscar: postrarnos delante de Dios hasta que nuestros corazones aprendan a creer que el Dios Eterno en persona vendrá a nosotros a expulsar lo injusto, a vencer el mal, y a obrar lo que es grato a sus ojos. Dios mismo lo hará en nosotros.

Mire a los hombres del Antiguo Testamento, como Abraham. ¿Cree que fue por casualidad que Dios halló a aquel hombre, el padre de los creyentes y el amigo de Dios, y que fue Abraham mismo, independientemente de Dios, quien tuvo tal fe, y tal obediencia, y tal devoción? Sabe que no es así. Dios lo suscitó y lo preparó como instrumento para su gloria.

¿No dijo Dios a Faraón: "Yo te he puesto para mostrar en ti mi poder"? Y si

Dios dijo esto a Faraón, ¿no lo dirá mucho más de cada uno de sus hijos?

Quiero animarle, y quiero que deseche todo temor. Venga con ese débil deseo, y si siente el temor que dice: "Mi voluntad no es lo bastante fuerte; yo no estoy dispuesto a todo, venga lo que viniere; no me siento lo bastante osado para decir que puedo vencer todos los obstáculos", aprenda ahora, se lo suplico, a conocer a su Dios y a confiar en El. Diga: "Dios mío, quiero que me hagas querer". Si hay algo que te retiene, o algún sacrificio que teme hacer, acuda a Dios ahora y experimente cuán bueno es su Dios, y no tenga miedo de que le mande nada que no le conceda.

Dios viene y promete obrar en usted esta rendición absoluta. Todas esas búsquedas, toda esa hambre y anhelos que hay en su corazón, son -- se lo aseguro -- los tirones del imán divino, Cristo Jesús. El vivió una vida de absoluta entrega, El lo tiene en su posesión; El vive en su corazón por su Espíritu Santo. Pero, Usted le ha puesto trabas, trabas enormes, pero El desea ayudarlo a asirse fuertemente de Él. Y ahora viene a tirar de usted con su mensaje y sus palabras. ¿No quiere confiar en que Dios obrará en usted esta rendición absoluta a Él? Bendito sea Dios, que puede hacerlo y lo hará.

Dios no sólo reclama esta entrega y la obra El mismo, sino que la acepta cuando se la ofrecemos.

DIOS ACEPTA SU ENTREGA

Dios obra nuestra entrega en el secreto de nuestro corazón, Dios nos insta por el poder oculto de su Espíritu Santo a acudir a Él y pronunciarla, y nosotros tenemos que ofrecerle y rendirle esta entrega absoluta. Pero, -- téngalo presente-- cuando venimos a Dios a ofrecerle esa entrega absoluta, es posible que, por lo que a nuestros sentimientos y a nuestra consciencia se refiere, sea algo muy imperfecto, y es posible que dudemos y vacilemos y nos digamos:

-- ¿Es absoluta mi entrega?

Acuérdese de que hubo una vez un hombre a quien Cristo dijo:

-- Si puedes creer, al que creé todo le es posible. Y él exclamó con temor:

-Creo; ¡ayuda mi incredulidad!

Aquella fue sin embargo una fe que triunfó sobre el Diablo, y el espíritu inmundo fue expulsado. Y si usted acude al Señor y le dice: “Señor y Dios mío, me rindo a ti en entrega absoluta”, aun cuando lo haga con un corazón tembloroso y consciente de que no siente el poder, ni la determinación, ni la seguridad, todo saldrá bien. No tema, venga tal como está, y aun en medio de nuestro temor obrará el poder del Espíritu Santo.

¿No ha aprendido todavía la lección de que el Espíritu Santo obra con gran poder cuando por el lado humano todo parece débil? Mire al Señor Jesucristo en Getsemaní. Leemos que “por el Espíritu eterno” se ofreció a Sí mismo en sacrificio a Dios. El Espíritu Todopoderoso de Dios le estaba capacitando para hacerlo. Y sin embargo. ¡Qué agonía y temor y extraordinaria tristeza se apoderaron de Él, y cómo oró! Exteriormente, no puede

ver señal alguna del gran poder del Espíritu, pero el Espíritu de Dios estaba allí. De la misma manera, cuando se siente débil y está luchando y temblando, no tema, sino entréguese con fe en la obra oculta del Espíritu de Dios.

Y cuando efectivamente se ofrezca en rendición absoluta, que sea en la fe de que Dios la acepta en el mismo instante. Este es el detalle sumamente importante y que a menudo se nos escapa: que los creyentes deben contar así con Dios en esta cuestión de la entrega. Se lo suplico, cuente con Dios. Todos y cada uno de nosotros necesitamos ayuda para ver a Dios claramente obrando en nuestra vida diaria, para que Dios tenga en ella el lugar que le corresponde y sea “el todo en todos”. Y para que sea así durante toda nuestra vida, empecemos ahora a apartar la vista de nosotros mismos y a levantarla a Dios. Que cada uno diga ahora en su interior con fe: “Yo, pobre gusano de la tierra y tímido hijo de Dios, lleno de fallas, de pecado y de temor, me postro aquí, sin que nadie sepa lo que pasa en mi corazón, Y digo a Dios en simplicidad: “Oh Dios, acepto tus términos; yo he pedido bendición para mí y para otros y acepto ahora la condición que tú pones, la entrega absoluta en tus manos” Y mientras su corazón dice todo esto en el más profundo silencio, recuerde que Dios está presente y toma nota de ello y lo escribe en su libro, y Dios en ese mismo instante toma posesión de usted., Es posible que no lo sienta, es posible que no se dé cuenta de ello, pero Dios toma posesión de usted si confía en ÉL.

Dios no sólo reclama su entrega, y la realiza, y la acepta cuando se la ofrece, sino que la mantiene.

DIOS MANTIENE SU ENTREGA

Esta es la gran dificultad para muchos. Dicen: “Muchas veces me he conmovido en una reunión o en una convención, y me he consagrado a Dios, pero eso ha pasado. Sé que puede durar una semana o un mes pero va desvaneciéndose y, pasado algún tiempo ha desaparecido del todo”.

¡Escuche! Es porque no cree lo que ahora voy a decirle y a recordarle. Cuando Dios empieza en usted la obra de una rendición absoluta, y Dios ha aceptado su entrega, Dios se tiene por obligado a cuidar de ella y a mantenerla. ¿Quiere creerlo?

En este asunto de la entrega hay dos: Dios y yo. Yo, un gusano; Dios, el eterno y todopoderoso Jehová. Gusano, ¿tendrá miedo de confiarse ahora a este Dios poderoso?

Dios está dispuesto. ¿No cree que Él puede guardarle continuamente, día a día, y en todo momento?

“Cada momento me guarda en su amor” “Cada momento la vida divina me da”

Si Dios deja que el sol brille sobre usted hora tras hora, sin interrupción, ¿no dejará Dios que su vida resplandezca sobre usted en todo momento? ¿Y por qué no lo ha experimentado? Porque no ha confiado en Dios para ello y no se ha entregado absolutamente a Dios en esa confianza.

Una vida de rendición absoluta tiene sus dificultades. No lo niego. Sí, tiene mucho más que dificultades: es una vida absolutamente imposible para los hombres. Pero por la gracia de Dios, por el poder de Dios, por el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros, es una vida a la que estamos destinados, y una vida posible para nosotros, ¡Gloria a Dios! Creamos que Dios la mantendrá.

Ustedes posiblemente hayan leído las palabras de aquel santo anciano -- me refiero a Jorge Muller-- que, al cumplir los noventa años, habló de toda la bondad de Dios para con él. ¿Cuál dijo él que creía ser el secreto de su felicidad y de toda la bendición que había recibido de Dios? Dijo que él creía que había dos razones: una, que por la gracia de Dios había podido mantener día tras día una buena conciencia ante Dios; la otra, que amaba la Palabra de Dios. Sí, una buena conciencia implica una obediencia completa a Dios día tras día; y la diaria comunión con Dios en su Palabra y la oración son esenciales para una vida de rendición absoluta.

Tal vida tiene dos facetas: por un lado, la rendición absoluta para realizar lo que Dios quiere que haga; y, por otro lado, dejar a Dios obrar lo que El quiere hacer.

Primero, hacer lo que Dios quiere que haga.

Dése por completo a la voluntad de Dios. Sabe algo de su voluntad; no lo bastante. Pero díglele sin reservas al Señor: Por tu gracia, deseo hacer tu voluntad en todo, cada día y en todo momento”. Díglele: “Señor y Dios mío, ni una palabra en mi boca sino para tu gloria; ninguna alteración de mi temple sino para tu gloria; ni un sentimiento de amor u odio en mi corazón sino para tu gloria, y de acuerdo con tu bendita voluntad”.

Alguno dirá: “¿Lo cree usted posible?”

Yo le pregunto: ¿Qué es lo que le ha prometido Dios, y qué puede hacer Dios para llenar un vaso absolutamente entregado a Él? Dios quiere bendecirle más allá de lo que usted espera. Desde el principio, cosas que ni oído oyó ni ojo vio es lo que Dios ha

preparado para los que esperan en El. Dios ha preparado cosas inauditas, bendiciones mucho más maravillosas de lo que se puede imaginar, más poderosas de lo que puede concebir. Son bendiciones divinas. Oh, diga ahora:

“Me doy absolutamente a Dios, a su voluntad, para hacer sólo lo que Dios quiere”. Es Dios quien le capacitará para llevar a cabo vuestra entrega.

Y, por otro lado, diga: “Me doy absolutamente a Dios, para dejar que El obre en mí el querer y el hacer de su agrado, como ha prometido hacerlo”.

Sí, el Dios viviente quiere obrar en sus hijos de un modo que no podemos entender, pero que su Palabra nos ha revelado, y quiere obrar en nosotros en todo momento. Dios quiere mantener nuestra vida. Deje que sólo su rendición absoluta sea un confiar sencillo y sin límites, como el de un niño.

DIOS BENDICE SU ENTREGA

Esta entrega absoluta a Dios le traerá bendiciones maravillosas.

Lo que Acab dijo a su enemigo, el rey Ben-adad “Rey señor mío, yo soy tuyo, y todo lo que tengo” ¿no lo diremos nosotros a nuestro Dios y Padre amante? Si lo decimos, vendrá sobre nosotros la bendición de Dios quiere que nos separemos del mundo; estamos llamados a salir del mundo que odia a Dios. Salga para Dios, y diga: “Señor, todo por ti”. Si lo dice con oración y al oído de Dios, El lo aceptará y le enseñará lo que significa.

Lo repito, Dios lo bendecirá. Le habrá estado pidiendo a Dios bendición. Pero, acuérdesse, tiene que haber entrega absoluta. Lo ve todos los días a la hora del café. ¿Por qué le sirven café en esa taza? Porque está vacía y destinada para el café. Pero échele tinta, o vinagre, o vino, ¿la llenarán de café? ¿Y podrá Dios llenarle, podrá Dios bendecirle si no está absolutamente entregado a Él? No. Creamos que Dios nos tiene reservadas maravillosas bendiciones sólo con que nos decidamos por Dios y le digamos, quizá con voluntad temblorosa, pero con corazón creyente: “Oh Dios, acepto tu demanda. Yo soy tuyo y todo lo que tengo. Es en entrega absoluta como mi alma se rinde a ti por tu gracia”.

Es posible que su sensación de liberación no sea tan fuerte ni tan clara como desearía que fuera, pero humíllese en la presencia de Dios y reconozca que ha entristecido al Espíritu Santo con su propia voluntad, su confianza en sí mismo y en sus propias fuerzas.

Inclínese humildemente delante de El en confesión y pídale que quebrante su corazón Y lo reduzca a polvo.

Y entonces, mientras se postra delante de su presencia, acepte simplemente la enseñanza de Dios, de que en su carne “no mora el bien”, y de que nada puede ayudarle a menos que entre en usted otra vida. Tiene que negarse a sí mismo de una vez por todas. La negación de sí mismo tiene que ser, en todo momento, el poder de su vida, y entonces Cristo vendrá y tomará posesión de usted. "

¿Cuándo fue liberado Pedro? ¿Cuando se realizó el cambio? El cambio empezó con el llanto de Pedro, y el Espíritu Santo descendió y llenó su corazón.

Dios el Padre se complace en darnos el poder del Espíritu. El Espíritu de Dios mora en nosotros. Acudimos a Dios reconociéndolo y alabándole por ello, y a la vez confesando que hemos entristecido al Espíritu. Después doblamos nuestras rodillas ante el Padre para pedirle que nos fortalezca con todo poder por el Espíritu en el hombre interior y que nos llene de su gran poder. Y a medida que el Espíritu nos revela a Cristo, Cristo viene a vivir en nuestros corazones para siempre y la vida del yo es expulsada.

Postrémonos delante de Dios en humildad, y en esa humildad confesemos delante de Él el estado de la Iglesia entera. No hay palabras para expresar el triste estado de la Iglesia de Cristo en la tierra. Desearía tener palabras para decir lo que a veces siento sobre ello. Piense en los cristianos a su alrededor. No me refiero a los cristianos de nombre, ni a los cristianos de profesión; hablo de los centenares y millares de cristianos sinceros y convencidos que no están viviendo una vida en el poder de Dios y para su gloria. ¡Qué poco poder, qué poca devoción o consagración a Dios, qué poca percepción de la verdad de que un cristiano es un hombre completamente entregado a la voluntad de Dios! Queremos confesar los pecados del pueblo de Dios que nos rodea y humillarnos por ellos. Nosotros somos miembros de ese cuerpo enfermizo, y la enfermedad del cuerpo nos impedirá y nos quebrantará si no acudimos a Dios y en confesión nos separamos de toda asociación con la mundanalidad, con la frialdad de unos para con otros; si no nos entregamos para ser entera y totalmente de Dios.

¡Cuánto trabajo cristiano se hace en la carne y en el poder del yo! ¡Cuánto trabajo, día a día, en que se manifiesta continuamente la energía humana -- nuestra voluntad y nuestros propios pensamientos sobre la obra -- y para el que se espera poco de Dios y del poder del Espíritu Santo! Confesémoslo. Pero al confesar el estado de la Iglesia y la

debilidad y pecaminosidad del trabajo para Dios entre nosotros, volvamos la mirada a nosotros mismos.

¿Quién hay que verdaderamente desee ser liberado del poder de la vida del yo, que verdaderamente reconozca que es efectivamente el poder del yo y de la carne, y que esté dispuesto a dejarlo todo a los pies de Cristo? Ahí está la liberación.

Oí a uno que había sido un cristiano convencido hablar del "cruel" pensamiento de la separación y de la muerte. Pero usted no piensa así, ¿verdad? ¿Qué debemos pensar de la separación y de la muerte? Esto: la muerte fue para Cristo el camino de la gloria. Por el gozo que le fue propuesto sufrió la cruz. En la cruz nació su gloria perdurable. ¿Ama a Cristo?

¿Desea estar en Cristo sin ser como Él? Que la muerte sea para usted lo más deseable de la tierra, muerte al yo y comunión con Cristo. Separación. ¿Cree que es cosa dura ser llamados a estar enteramente libres del mundo y, por esa separación, unidos a Dios y a su amor, y prepararnos por esa separación para vivir y andar con Dios cada día? Sin duda deberíamos decir: "Cualquier cosa que me lleve a la separación, a la muerte, a cambio de una vida de plena comunión con Dios y con Cristo".

Eche esa vida del yo y de la carne a los pies de Jesús. Ponga su confianza en Él. No se preocupe si no entiende todo lo que esto implica, pero venga en la fe viva de que Cristo vendrá a usted con el poder de su muerte y con el poder de su vida; y entonces el Espíritu Santo traerá a su corazón a Cristo entero, Cristo crucificado y resucitado en gloria.